

CAPITULO XXVI.

Cuáqueros. — Presbiterianos. — Metodistas ambulantes. —
Mercado. — Influencia social de las mugeres.

En ninguno de mis muchos viajes se me había ocurrido aun la idea de entrar en un templo ó casa de congregacion de los cuáqueros, y pareciéndome que el mejor punto en que podia hacerles la primera visita era Filadelfia, me valí de la proteccion de una dama cuáquera, con quien asistí á la congregacion *ortodoxa* principal de la ciudad. El edificio es grande, mas enteramente desprovisto de toda especie de adorno. Los hombres estan separados de las mugeres por una baranda ó verja que divide el templo en dos partes iguales. La concurrencia en ambos lados fué mui crecida, y el calor casi inaguantable. Conforme fueron entrando por las diferentes puertas del edificio, avisté muchas caras mui lindas que se asomaban por el tocado primoroso de las mugeres, en tanto que los hombres, sentándose con sus anchísimos sombreros, me se recordaban la

venida que Parney supone que los espera en el cielo.

« Entre donc et garde ton chapeau. » (*)

Los sombrerillos de ellas y los sombreros de ellos formaron grandes corros, y su inmovilidad duró tanto tiempo y fué tal, que apenas me podia persuadir que fueran entes animados las figuras que estaban debajo. Al cabo de un siglo acertó á levantarse un miembro de los mas rollizos y graves de la congregacion, se salió de su sombrero, y despues de un exordio de silencio de bastantes minutos, dió un suspiro profundo con aire de bufido, y gracias á este esfuerzo cayó de sus labios el texto: — « Guarda tu pie. » El silencio era sin duda una parte esencial de su discurso, porque volvió á seguirse otra pausa de otros tantos minutos, y luego continuó por espacio de mas de una hora, soltando de cuando en cuando una palabra, si bien los intervalos eran tan largos que me fué imposible seguir el hilo de la oracion del grave apóstol, si habia en ella algo que se pareciera á hilo ó sentido. Mi amiga, la cuáquera, me dijo que no conocia á aquel individuo, y que sentia mucho que yo hubiese oido á un predicador tan pobre. Cuando aca-

(*) « Entra y cálate el sombrero. »

bó, un anciano de apariencia mui fina (médico de profesion) se levantó, y recitó unas cuantas sentencias morales de un modo agradable; y en seguida, apenas se sentó, se puso en pie toda la congregacion, no sé por que señal, y se marcharon. Este culto es de una especie mui singular, si culto puede haber donde no hai oracion y donde toda clase de rezo está prohibido; no obstante á mí me pareció por su decorosa tranquilidad y religiosa compostura, infinitamente preferible á los ritos que habia presenciado en las casas de congregacion presbiterianas y metodistas. Habíase suscitado recientemente un cisma entre los cuáqueros de Filadelfia, á causa de la oposicion de muchos á la exagerada severidad de la disciplina ortodoxa. Los disidentes se habian subdividido despues en otras diferentes fracciones: unos se llamaban cuáqueros unitarios, otros hicksitas, y algunos, aunque conservaban todavía el traje de su primitiva congregacion, eran tenidos por deistas.

Ninguna de las muchas iglesias y capillas que visitamos podria pasar por hermosa, ni aun en la parte exterior, en cualquier otro pais.

Un domingo fuí por la tarde con una reunion de damas para ver la *induccion* de un ministro presbiteriano. La ceremonia fué mortalmente larga, y la carga impuesta al pobre

mozo tremendamente imposible de llevar, á lo menos, para un hombre como los demas hombres. Lo que no me cansaba yo de observar y que me dejaba siempre atónita era la profunda atencion y la paciencia sin límites con que centenares de jóvenes preciosas (por no mencionar las demas de cierta edad) permanecian en la capilla viendo tan larga como pesada ceremonia; pero ciertamente no hai pueblo para quien la religion forme tan vasta porcion del entretenimiento y ocupacion de las mugeres. España, en sus dias mas católicos, no ha excedido en ese fanatismo á los Estados Unidos (4): dejando á parte los horrores y la persecucion del *santo oficio*, no se verá que la porcion mas inocente de la juventud alegre y bulliciosa haya sacrificado la jovialidad y el recreo.

La severidad religiosa de los hábitos de Filadelfia en nada aparece mas claramente que en el número de cadenas con que interceptan las calles el domingo, para impedir que pasen caballos y carruages. Los Judíos no podian llevar ventaja á este pais en la observancia de las exterioridades del culto. Yo no me meteré á conjeturar lo que hacen de sus personas los señores de Filadelfia cuando viene el domingo; solo observaré que la mayoría de las mugeres en la iglesia es notablemente prodigiosa. Aun-

que una parte mui extensa de la poblacion es de cuáqueros, reina sin embargo en Filadelfia la misma extraordinaria variedad de confesiones que en las demas ciudades de los Estados Unidos, y los ministros de la religion gozan, en algunos círculos, de la misma influencia ilimitada de que ya se ha hecho mencion.

Una historieta que llegó hasta mis oídos, me representó el cuadro terrible de los efectos que produce ese poder: me la refirió mi modista, jóven altamente estimable por sus prendas de buena esposa y excelente madre, y á cuya veracidad doi por mi parte entero y voluntario crédito. Me contó pues que su padre era viudo y tenia tres hijas con quienes vivia en Filadelfia. Poco antes que ella se casara, llegó á la ciudad un ministro *itinerante*, que procuró introducirse, ó mas bien, instalarse en varias casas respetables. La de su padre fué una de las que formaron ese número, y su autoridad é influencia en sus hermanas crecieron de dia en dia, hasta que fueron absolutas, sobre todo con respecto á la menor. Parece que los sentimientos que inspiró el reverendo á la muchacha eran una mezcla curiosa de temor espiritual y de afecto terrestre. Cuando sus hermanas la amonestaron para que no le diera demasiado pie, hasta que él se explicase, manifestó tanto enojo como si le hubieran acon-

sejado que hiciera sus egercicios devotos con menos fervor. Por último el padre se apercibió de la pasion secreta que centelleaba en los ojos del hombre de Dios, y vió tambien las miradas lánguidas y solícitas de su hija. Séase por esto, séase por algunos rumores que habia oido en la vecindad, ó por una y otra causa reunidas, negó la puerta de su casa al ministro enamorado. Las tres muchachas se hallaban presentes cuando lo hizo, y todas exclamaron con el tono de la deprecacion un « ¡ Pero, padre! » que suplió los mas ardientes ruegos; el padre sin embargo añadió con entereza, — « Si poneis mas los pies en mi casa, no solo os enseñaré el camino para salir de aquí, sino tambien de la ciudad. » El predicador se retiró, sin que se volviera á saber de él en Filadelfia, hasta que pasados algunos meses, empezaron á correr por los círculos que lo habian recibido y tratado mejor, ciertos murmullos mui extraños, y á su debido tiempo siete infelices jóvenes, nada menos, exhibieron pruebas vivientes de la prudencia del digno padre de mi modista. No añadiré mas apología ni comentario á la anécdota precedente que la fórmula tantas veces repetida de que, « yo refiero el cuento como me lo refirieron; » pero, si he de ser sincera, es menester que añada, que en este caso no dudo de la verdad de la historia.

.....

Me aconsejaron con empeño que fuera á ver el mercado de Filadelfia á la hora en que presentaba la escena mas ocupada. Hícelo en efecto, y me parecia que pocas ciudades poseen cosa mas digna de verse, porque es la misma perfeccion de un mercado, el *bello ideal* de un ama de gobierno, que á nadie confiaría el encargo importante de despensero. La pulcritud, la frescura, la total ausencia de todo cuanto puede ofender los ojos ó el olfato son cosas que es menester ver, para creer el grado de esmero y complemento á que han subido. Las mesas y tablas de los puestos estan cubiertas de servilletas blancas como la nieve; las flores y las frutas, si no son como las de París y Londres, son brillantes, frescas y olorosas; hai tambien hortalizas con una rica y variada abundancia, y las arreglan con tanto gusto y de una manera tan vistosa, que se olvidan los demas objetos indispensables, pero menos gratos á la vista, del mercado. La alquería, el corral, el bosque, la arboleda, la huerta, el jardin, el río, el océano, todo envia sus tributos á la plaza de Filadelfia: en una palabra, esta fué la primera vez de mi vida que un mercado me pareció agradable y hermoso. El precio de casi todos los artículos es poco mas ó

menos, á lo que pude calcular entre *dolars* (*) y *francos* (**), el de los mercados de Paris: mucho mas barato que en Londres, pero mucho mas caro que en Exeter.

Por medio de mis cartas de recomendacion hice conocimiento con varias gentes de un trato amable é interesante. Hai un no sé qué en los modales y comercio social de Filadelfia que me gusta; yo veo en él menos afectacion, menos melindre que en el de las otras poblaciones. Aquella calma y compostura que reinan en una sala filadelfiana son características, y cuadran admirablemente á la ciudad fundada por Guillermo Penn. El traje de las damas, aun de las que no son cuáqueras, participa de su forma y sencillez: las Filadelfas son pulcras en su vestir, y visten con una gracia tan elegante, hai tanta delicadeza y buen gusto en el tocador de las señoritas, que podrian servir de modelo á todo el bello sexo de los Estados-Unidos. No se citarán dos ciudades, entre las cuales se advierta un contraste mas marcado en el gusto y manera de vestir que entre Baltimore y Filadelfia: en ambas domina un lujo costosísimo, pero la primera se distingue por lo jarifo de su esplendor, la segunda por la simplicidad de su elegancia.

(*) Duros ó pesos fuertes.

(**) Pesetas de cuatro réales.

Dicen que esta ciudad posee á diferentes señores distinguidos por sus estudios científicos: yo hablé con algunas personas de mucha instruccion y buenos talentos, mas la tibieza y sequedad del modo de discutir las materias de que se ocupan, y el ningun interes con que las tratan, destruyen en mi entender todo el encanto de la conversacion. Una vez oí discurrir sobre el carácter y posicion de un ilustre oficial, que habia servido con celebridad en el ejército de Napoleon, y cuyas prendas personales hubieran podido alcanzarle excelentes partidos y el favor del poder bajo el reino de los Borbones, si hubiera abandonado los principios que le hacian detestar su gobierno. Este hombre distinguido se habia retirado á los Estados-Unidos despues de la muerte de su amo, y se ocupaba en hacer esfuerzos para establecer una especie de *Academia politécnica* en Nueva-Yorc. Hablando de él, observé que su adhesion á la causa de la libertad debia recomendarlo altamente á los ojos de los Americanos. « De ningun modo, señora, me respondió un caballero que obtenia merecidamente un lugar elevado entre los literatos del pais: eso podria servirle en Inglaterra quizás; á nosotros no nos importa que los principios de un individuo sean los que se quiera. »

Esto creo que es exactamente verdad, aun-

que hasta entonces nada habia oido que manifestara que la indiferencia política es un rasgo de carácter nacional.

La falta de calor, de interes, de sentimiento en todo lo que no toca inmediatamente á sus negocios particulares, es universal, y produce un efecto que paraliza toda conversacion. Todo el entusiasmo de los Americanos se concentra en el punto único de su propia emancipacion é independencia, punto en que á la verdad nada excede al ardor de sus sentimientos. La América es en mi sentir como una novia joven; la independencia es para ella su nuevo esposo; y para él y nada mas tiene ojos, oidos, corazon: su luna de miel no ha pasado todavía; cuando pase, la América se hará quizás mas coqueta, y aprenderá á hacerse amar de los otros pueblos.

Yo no creo que haya otro pais en el mundo conocido, que ofrezca una prueba mas sensible, que la presentan los Estados-Unidos, del influjo inmenso que los estudios y ocupaciones literarias egercen, no solo en los progresos intelectuales, sino lo que es de mayor importancia, en la purificacion de las costumbres y estilos. Durante mi residencia en aquella region, además de no haber visto jamas á un hombre de letras mascar tabaco ni beber huiqui, no ví tampoco á uno que no lo fuera, que estuyese

libre de esos vicios degradantes. En las mugeres todavía, si es posible, cobra mayor importancia esa influencia; pero desgraciadamente los ejemplos son raros, aunque en efecto se encuentran. Es uno de los mas admirables una señorita de Los-Cincinnati, que rodeada de gentes totalmente incapaces de estimarla por su valor, y ni aun siquiera de comprenderla, pasa entre ellas buenamente y sin la mas leve afectacion por una de tantas. Debiendo á la naturaleza los dones de la hermosura y un ingenio singularmente agudo y perspicaz, ha tenido la feliz ocasion de cultivarlo con tanta ventaja que en cualquier pais la harian una jóven distinguidísima. Su cultura es á la verdad la mejor de todas, cultura que se logra exclusivamente con las costumbres domésticas de una familia literaria, y que se desenvuelve con la temprana educacion que la hija de un hombre de letras recibe, cuando su padre la eleva á la consideracion de compañera y amiga. La señorita de que hablo es tanto mas admirable, cuanto que á todas las varias ocupaciones que constituyen el ministerio de las señoras americanas, reúne los estudios: ella es la compañera y útil auxiliar de las tareas literarias de su padre, la ayuda activa de su madre en todos los cuidados de la casa, el aya cariñosa de una hermanita delicada, la mañosa artífice de su siempre elegante guarda-

ropa; con tiempo para todo, constantemente preparada para recibir con el agrado mas halagüeño á sus numerosos conocimientos, la mas animada en la conversacion, la mas infatigable en el trabajo. Imposible seria conocerla y estudiar su fondo y cualidades, sin convenirse de que las mugeres como ella son « la gloria de todos los paises, » y si la raza se multiplicara, pronto se harian las reformistas del género humano y desterrarían la rudeza é ignorancia de su propio sexo. ¿ Cabe en la imaginacion creer que, si se hallaran en una reunion cincuenta modificaciones de esa muger encantadora, se atrevieran los hombres á presentarse en ella apestando á huiqui, con los labios negros de tabaco, y convencidos en sus almas y conciencias de que las mugeres no han nacido sino para hacer confituras y tortas de gengibre, coser camisas, cojer los puntos de las medias, y ser madres de presidentes posibles? — Ciertamente que no. Si las mugeres de América llegaran á comprender lo que podria ser su imperio, y lo compararan con su nulidad actual, seria de esperar que hiciesen grandes y ventajosos progresos. Mientras permanecí en Filadelfia entre las mas hermosas, las mas ricas y las mas distinguidas del pais, me se ocurría á cada paso la comparacion forzosa del influjo que tienen en la socie-